

los colores de Nuestra Señora de los Buenos Aires, patrona, así, del viento, como la Atenas griega, blasonan la devoción de belleza que es todo culto virginal.

Antes de constituir un hecho territorial y político, la Patria está ya realizada en belleza. Es una inspiración. Su primera posesión es el cielo, no la tierra. Concebida en un ensueño de gloria, nace en un cántico:

Se levanta a la faz de la tierra...

Aquella luz delantera que es la inspiración, le asegura la inmortalidad en el concierto de las Naciones. El himno, que empieza convocando en su nombre a «los mortales», concluye anticipándole la salutación de «los libres del mundo». Lo augusto de esa afirmación es que se ha cumplido. La Patria existe en belleza y en verdad.

¡En belleza! Esta es la razón capital de la gente greco-latina. Así el helenismo cuyo fundamento está en los poemas homéricos, fué una obra de arte. Alejandro, su maravilloso ejecutor, tenía la Iliada por libro de cabecera. La norma de su conducta era un verso del poema inmortal que éste pone, todavía, en boca de Helena⁽¹⁾. El Imperio macedonio, como antes el ateniense, fueron, sin sin duda, obras guerreras y políticas. Pero no subsistieron sino como estados de cultura: aquella cultura fundada en la belleza, desde la escuela primaria hasta el gimnasio militar. Entonces como ahora, la belleza de la Patria era más importante que su política.

De aquí que la civilización griega, a la cual esencialmente pertenecemos, se define por su arte.

No existe, tampoco, sino un arte al cual pueda recurrir la gente europea para saber la razón de la Belleza, develando, así, su secreto: el arte griego, que ha sido hasta hoy el único racional, dado el modo de concebir de dicha gente.

Por natural aproximación, ello sale más comprensible aun para la mente latina, que es la nuestra: con lo cual nos resulta un gozo espiritual. No goza así el latino; sino entendiendo, porque es un esteta natural; o, dicho en otros términos, un filósofo de la Belleza.

Indagando los motivos de su emoción, la civiliza y disciplina: y completa al artista, engendro del instinto, con el crítico, que es un producto racional. Así se constituye el esteta.

Lo que poseemos de pintura y de música griegas es tan escaso que no permite sacar consecuencias firmes al respecto; mas la arquitectura, la escultura y la literatura revelan que el arte griego era canónico en todas sus ramas: es decir que estaba sujeto a una norma fundamental cuya realización imponía módulos o unidades fijas de referencia.

Así, en arquitectura impera hasta hoy el semidiámetro del cuerpo basal de la columna, porque a virtud de un principio natural que vincula con el árbol, o sea con el primer abrigo y sostén, al arte de construir, los órdenes griegos se definen por la columna. Y como hasta hoy no han podido existir en el mundo europeo otros tipos arquitectónicos, la arquitectura sigue gobernada así. Es decir que continúa siendo griega, y que, probablemente, no puede ser otra cosa. Los griegos, por lo menos hasta hoy, habían agotado, pues, sus posibilidades típicas. Los tres órdenes son como los tres colores fundamentales con los cuales relaciónanse, quizá, en una remota profundidad biológica: pueden engendrar otro por combinación, pero, substancialmente, son los únicos. Conocemos también los módulos escultóricos: el palmo, a mano abierta, y la cabeza; sin contar el módulo *fidiano* que consistiría en la razón matemática de la espiral logarítmica, resultando, con ello, perfecto y universal.

En la literatura, o, mejor dicho, en la poesía, cono-

ecemos el sistema riguroso de los *pies* o cantidades silábicas que constituyen el ritmo.

Ahora bien, el ritmo, conforme lo tengo demostrado⁽¹⁾, proviene del fenómeno natural de la palpación cardíaca que apreciamos en el pulso; de suerte que es la manifestación de la armonía vital, perceptible en el funcionamiento normal de nuestro organismo: una ley natural de la vida, que así resulta gobernando a las dos artes de expresión: poesía y música.

Pero, veamos algo de mayor trascendencia aún.

La proporción, o norma de la belleza griega, es también audición fundamental de la vida; y por esto los antedichos módulos eran fenómenos vitales regulares, como el ritmo, miembros completos en su propia complejidad, como la mano y la cabeza, o prototipos de construcción orgánica como la espiral logarítmica que describe la disposición de las hojas en las plantas, llamada *filotaxis* y el caracol regular de los moluscos testáceos. Pero, volvamos a la norma vital de la proporción.

El organismo proporcionado, o sea aquel en que mejor se compensan los órganos y funciones, es también el que mejor y más vive. Por esto, la impresión principal que causa la belleza griega es la serenidad.

La serenidad manifiesta, en efecto, la confianza de vivir que le resulta al ser de hallarse bien organizado. La vida es un equilibrio de fuerzas estéticas y dinámicas que persiste sólo cuando dichas fuerzas son proporcionales entre sí.

Para quien sepa geometría, ello adquirirá vastísima trascendencia, si recuerda que la espiral logarítmica, por su definición, imposible de explicar y comentar aquí, es aquella que corta en el mismo ángulo todos los radios rectores.

El canon de proporción de Fidias, o sea la razón de dicha espiral, constituye, pues, una fórmula científica, estética y moral que resume los arquetipos: Verdad, Belleza y Bien.

Y he aquí develado, pues, el secreto capital de la Belleza.

«Consiste en la norma de la proporción vital».

Pero, al decir platonizando que los arquetipos realizan la simultaneidad trinitaria del Ser Supremo: «la Vida» trina y una, no debe significarse con ello la equivalencia substancial de la Verdad con el Bien y la Belleza.

Sino que cada uno de ellos: el último, por ejemplo, lleva en sí mismo su verdad y su bien.

Cuando contemplo como esteta una mujer fea, y me dicen: sí, pero es muy sana y hacendosa, respondo que eso le interesará al médico, a la familia, a la sociedad, pero no a mí. Porque la moral y la bondad de la Belleza, están en la Belleza misma.

Así también la Verdad suficiente, o sea aquella que satisface mi raciocinio y mi experiencia, me resulta hermosa y buena como verdad. Y con el Bien sucede lo propio.

Si razono con este criterio la verdad, descubro que esa condición esencial de suficiencia, sin la cual no me resulta satisfactoria, vale decir aceptable, es también proporcional a mi experiencia y mi raciocinio. Por esto, la unidad de la verdad es una quimera. Pretende corresponder a una capacidad «común» de saber y de raciocinar que no existe ni puede existir.

La creación artística requiere a su vez en el creador el «don de Belleza»; «el artista nace», con lo cual definimos esa potestad como un instinto.

Y he aquí otra de las fases del Secreto de la Belleza: ese instinto es el mismo del amor. Engendra, como él, en el placer que da vida.

El misterio de la Belleza revélase, conscientemente o

(1) L. Lugones, *La Funesta Helena*, pág. 45,

(1) L. Lugones, *El Payador*, capítulo V.